

Autor: Alejandro Peruani – letra, Institución Psicoanalítica

Título: Los goces del cuerpo

Dispositivo: Mesas Simultáneas de Trabajos Libres

Comenzaba un pequeño escrito que se publicó en *Lalengua* de noviembre del año pasado, planteando a la tumba como cuna y origen del cuerpo; textualmente afirmaba: *El cadáver pare al cuerpo, que persiste cuando la vida ha huído. La muerte y el cuerpo constituyen, así, la primera traza detectable del efecto del significante.*

Quería señalar ese momento, que no es aquel en el que un ser es arrancado de su naturaleza animal por efecto del lenguaje; sino, que es engendrado en su naturaleza propia por ese efecto de lenguaje.

Quería señalarlo para mostrar que allí, en el punto de partida, la cuestión comienza por la muerte, con –si me permiten decirlo así- la identificación con la muerte como resto-presencia (letra) de una ausencia. Y que no hay ninguna otra forma de vida, esencia, consistencia o existencia primordialmente perdida y esperando retornar.

Momento original de nacimiento del cuerpo y de la muerte, que me evoca el sintagma freudiano: sexualidad y muerte.

El paso esencial que Freud ha dado es plantear que la sexualidad está plenamente capturada por las palabras. Cuerpo, goce, sexualidad son efectos de esa dependencia de la palabra. Están enteramente fundados en su función y habitan su campo, el campo del lenguaje.

Y si bien este campo es el de la cultura en su sentido más amplio, nos encontramos con la constatación de que no hay cultura que no nos imponga la condición de la renuncia al goce haciendo prohibido lo que ella ha engendrado; reglamentando y restringiendo las formas y acciones del cuerpo, para admitirnos en su seno.

A tal punto que Freud, advirtiendo que allí se encuentra la raíz del malestar llega a proponerlo como resultado de la renuncia impuesta a cierta satisfacción reclamada por la naturaleza animal del hombre.

Un papa, Juan Pablo II, nos puede orientar cuando condena la concupiscencia (aún en las relaciones matrimoniales consagradas). Está claro que no se refiere a la

realización del acto que el presunto plan divino dispuso para garantizar la natural función de la procreación con la que el buen creyente debe colaborar, ni condena la prima de placer que lleva añadida, sino a la búsqueda de una volubilidad en la que debemos admitir la condescendencia del goce a los requerimientos del deseo. Algo que no podríamos suponerle a la animalidad, tal como por ejemplo la plantea von Uexküll: ciclos monótonos y estereotipados de acoples entre el *Innenwelt* y el *Umwelt*, caracterizados por la tipicidad de sus acciones y el elenco reducido de sus sueños –mecánica en la que nunca pensamos que sea necesario implicar a un sujeto, y ni siquiera se nos ocurre que deba atribuirse un goce cuando el animal se aleja de nuestro tamaño y morfología.

Pero si no fuese contra nuestra animalidad ¿Contra qué combate constantemente toda cultura? Las manifestaciones que se intentan yugular son las de la agresión y las de la sexualidad cuya malignidad se multiplica toda vez que se las supone enredándose la una en la otra. Tal como cuando a la sexualidad se la presenta como una manifestación de la agresión en las figuras de la violación, el abuso, el acoso, y a ésta (a la agresión) en su forma más horrenda y “animal” se la concibe como una expresión de la sexualidad (*el chacal que mata por puro placer*, de los titulares de Crónica, núcleo de todos los relatos sobre asesinos seriales). A estas presencias inquietantes las vemos expandirse, desplazarse, mutar las vías de su satisfacción, y, por sobre todas las cosas: teñir de sospecha todos los rincones de la actividad humana.

Cuanto más puritana (y el pensamiento utilitario es una forma extrema del puritanismo) intenta mantenerse una comunidad más multiplicación de controles y restricciones se impone, más represiva se torna. Más y más avanza sobre el escrutinio y la fiscalización de los gestos y costumbres; más larga es la lista que los clasifica y detalladas las desviaciones que se intentan prevenir o penar.

La conducta de los grupos y de sus instituciones repite en esto lo que Freud supo apreciar en los individuos: la exigencia moral, cuando se condesciende a ella, se torna más y más exigente y su hipermoralidad deviene en definitiva crueldad - instalada entre dos nuevas modalidades de goce: el goce de la mortificación misma (recaiga este sobre sí o sobre otro, en ambos casos en nombre de lo que debe ser y del bien), y el goce de la renuncia al goce que es sostenido por el mandato moral

mismo. Único resquicio que Kant debe admitirle al pathos, a la afección, en el acto ético que exige apáthico (ya que no puede evitar que contenga el dolor de tal renuncia). Y es, ese resquicio kantiano, el que da pie a la formulación de Lacan de Kant con Sade.

Es que el corte fundacional del significante nos ha exiliado no de una animalidad original, si no -más radicalmente- del propio ser que el mismo corte determina. De allí que, constituidos en la esquicia misma, tengamos un cuerpo donde no somos y que, por tanto, nos aloja en su consistencia (en el mantener todo junto) mientras – paradoja de las paradojas- es siempre otro, fuente de todas nuestras asechanzas, horrores y deseos. El cuerpo y su integridad constituyen el escudo contra lo que el mismo conlleva, y es, al mismo tiempo, el continente y el puente con ese goce en el que radica todo lo que tenemos de ser.

Ese plusgozar (*Mehrlust*) que nos hace no animales, donde confluyen los goces y del que ex-siste cada uno, en el punto de calce de las tres dimensiones de la palabra, dijo Lacan que estaba en íntima relación con el plusvalor (*das Mehrwert*) de Karl Marx. Si es así, debemos volver a interrogar la teoría del valor y la obcecación de Marx en situar en el trabajo humano (en el trabajo de un cuerpo) el origen de todo valor.

Pero, ¿qué es el trabajo? Para Hegel es la proyección, sobre el mundo, de la negatividad que constituye a su sujeto de la historia (el esclavo) que ha renunciado a su esencia, a su ser en sí y para sí, a favor del Otro.

Para Lacan vale que la lengua equivoque al decir trabajo con *tripalium* (instrumento de tortura). Recordarán Uds. que en relación a esta etimología agrega un sorprendente comentario: que a los clérigos se les impedía presenciar los suplicios y las ejecuciones para evitar las erecciones.

Si me dispensan, esta aproximación ínfima sólo nos permitió señalar que el plusgozar nos envía a la función del trabajo que es negación trabajando, falta en ser haciendo, deseo y oscuro goce.

Pretendía acercar argumentos para sostener que ni un psicótico, ni un perverso, se encuentran más cercanos a una condición natural primera que lo que lo está un neurótico. Que cuando aparentemente estalla el lazo social porque la masa se torna

caótica fuerza destructora no se ha retrotraído hacia ningún estadio de virginal salvajismo.

El discurso (del amo) ordena, para que las cosas marchen al ritmo de todo el mundo. Lo real se pone en cruz impidiendo la marcha. Pero lo real es lo real que cada discurso produce como existente. Su exterioridad, su imposible. Aunque quizás podamos imaginar que lo real no sólo realice su función de obstáculo, dice Lacan –enigmáticamente- en *La Tercera: puede encabritarse* ahora que tiene la ayuda del discurso de la ciencia. También, nos viene advirtiendo que el porvenir del psicoanálisis depende de lo real, y que lo real -en cambio- no depende del psicoanalista. Lo que garantiza su fracaso frente a la demanda de liberarnos de lo real (por lo que el análisis podrá tener porvenir pues insistirá la demanda que lo sostiene, al no poder colmarla). Bien, volvamos: el encabritamiento de lo real requiere de ese apoyo del único discurso que logró tener una incidencia diferente sobre lo real. El único discurso que no aceptó situarlo sólo como su imposible, ni se contentó con que la propiedad ensalmadora de las palabras generara meros efectos sobre la subjetividad, es decir: con las manipulaciones simbólicas destinadas a provocar efectos sobre lo imaginario. Sino que apoyó a lo real mismo -quizás en la medida en que no cumple en él sólo la función resto inasimilable sino de stoigeión integrado en el metabolismo de su formalización y sujeto a la doble forclusión que permite esta proeza: la del sujeto y la del sentido. Pero ese real de la ciencia no es tampoco un real óntico fundamento primero de lo dado sino efecto de discurso y como tal vehículo y presencia de goce, de ese goce que se cruza en el camino (quizás sosteniendo la distancia entre la sexualidad y la muerte cuando otro discurso pueda hacer de su forma huera y abisal, semblante y causa) o que puede saltar directo hacia la muerte.

La Ciencia, es por tanto para nosotros –analistas-, el discurso que puede confrontarnos con nuevas incidencias de lo real y por ello es imperioso que prestemos atención a lo que allí se produzca.

Alejandro Peruani

10/5/2009

IV CONGRESO INTERNACIONAL DE CONVERGENCIA
LA EXPERIENCIA DEL PSICOANÁLISIS. LO SEXUAL: INHIBICIÓN, CUERPO, SÍNTOMA
8, 9 y 10 DE MAYO DE 2009 / BUENOS AIRES - ARGENTINA